

CAPÍTULO TRES: FEMINISTAS, SOCIALISTAS Y CIUDADANÍA

A pesar de que las feministas progresistas lograron reformas parciales al sistema de salario familiar, no consiguieron que el Frente Popular fuera más allá de la inclusión política de obreros (varones) honorables. Este fracaso se debió en parte a insalvables divisiones de clase dentro del MEMCh, las que disminuyeron la capacidad de esta organización para dialogar democráticamente con las mujeres o hablar en su nombre. Ciertas dirigentes del MEMCh, como Elena Caffarena y Marta Vergara, mostraron un claro compromiso con las mujeres de la clase obrera. Sin embargo, muchas de aquellas mujeres vieron en la crítica feminista a la ideología del salario familiar una amenaza a la unidad de clase y a su propia sobrevivencia. Por otra parte, el que las feministas progresistas no lograran un impacto más amplio se debió también a la persistente animosidad hacia el feminismo de los hombres de izquierda, quienes seguían considerando a la clase obrera (masculina) como vanguardia política. El temor de los dirigentes de izquierda a que las demandas femeninas amenazaran los privilegios masculinos y la solidaridad de clase, los llevó a criticar a las dirigentes feministas. Esta respuesta de la izquierda fue particularmente dañina para las feministas progresistas ya que ellas creían que una democratización profunda requería tanto de la sensibilidad del Frente Popular hacia los problemas de las mujeres, como de la preocupación del feminismo por los derechos de los desposeídos. Estos objetivos las llevaron a buscar alianzas con los partidos políticos de izquierda y con las mujeres obreras, pero, asediadas y divididas no pudieron imponer su visión.

Sin embargo, la debilidad de las feministas progresistas—en particular sus lealtades divididas como consecuencia de la persistente tensión entre el proyecto feminista y las normas de

género vigentes desde hace mucho tiempo dentro de la clase obrera—las obligó a desarrollar una teoría y una práctica de alianzas más democrática y menos teleológica. Las alentó también a ver la identidad de la mujer de una manera menos esencialista. Dadas las diferencias que existían entre las mujeres y las dificultades para articular las demandas femeninas al interior del Frente Popular, las feministas no podían proyectar sus objetivos como un destino nacional predeterminado. Simplemente era demasiado difícil conseguir el apoyo de las mujeres de clase obrera y a la vez de los otros seguidores del Frente Popular; además, las intervenciones de éste último al interior del movimiento feminista complicaban la realización de su proyecto. También lo complicaba el hecho de que la izquierda sentía que tenía "la historia" de su lado y que apoyaba un sistema de salario familiar. En consecuencia, la experiencia les enseñó a las feministas progresistas que la democratización no sería un resultado automático de la industrialización, del progreso nacional, o de la "historia"; por el contrario, sería de un camino arduo, doloroso y lleno de callejones sin salida. Las dirigentes feministas se aferraron a la idea que, para derrotar al "otro" capitalista, era importante conseguir una alianza con la izquierda, y a veces, expresaban sus demandas en un lenguaje lleno de fervor nacionalista. Aún así, ellas desafiaron a sus aliados potenciales a repensar cómo debería construirse un pacto político.

Este capítulo rastrea el desafío que las feministas le impusieron a la izquierda y al Frente Popular, así como la forma en que éstos respondieron a dicho desafío. ¿Cómo formularon feministas e izquierdistas las demandas de género y de clase? ¿Y, cómo las negociaciones entre feministas y socialistas influyeron las cambiantes expresiones de clase y género?¹ Más

¹ Para una obra pionera sobre el feminismo y el socialismo en Chile véase Kirkwood, *Ser política en Chile*. Sobre la influencia de los contextos sociales, políticos e ideológicos sobre los feminismos en latinoamérica véase Hutchison, "Working Women of Santiago"; Lavrin, *Women, Feminism, and Social Change*; Levenson-Estrada, "The Loneliness of Working-Class Feminism"; Lancaster, *Life is Hard*; Molyneux, "Mobilization without Emancipation?".

específicamente, en este capítulo se analiza la relación entre el MEMCh y el Partido Comunista y de cada uno de éstos con las mujeres de la clase obrera. ¿Cuáles fueron las formas reales y potenciales de alianza política y de autonomía que emergieron de esas relaciones?²

Aunque el Partido Comunista sospechó mucho del MEMCh, el PC fue la única organización con liderazgo masculino que mantuvo lazos duraderos con el grupo. Dado que las mujeres asociadas con los partidos Socialista y Radical se fueron saliendo paulatinamente del MEMCh entre 1936-1940—el Partido Socialista temía la influencia comunista y pidió que las mujeres socialistas se retiraran—memchistas y comunistas se acercaron aún más. A la vez, las riñas al interior del Partido Socialista impidieron que las mujeres del campo socialista construyeran una alternativa sólida que reemplazara al grupo que habían abandonado. Así, el MEMCh se transformó en la organización feminista más radical, independiente y longeva de la época, así como también la más criticada.

En este capítulo se comienza con un breve análisis de las organizaciones de mujeres dentro de la izquierda y de los enfoques de la izquierda sobre el feminismo durante el período anterior a la formación del MEMCh en 1935. Luego se aborda la forma en que esta organización conceptualizó su relación con la izquierda y con las coaliciones del Frente Popular, para concluir con un análisis de los conflictos entre el MEMCh y el Partido Comunista, atendiendo a la forma en que estos conflictos interpelaban a las mujeres de la clase obrera. Se afirma que, recurriendo a una serie de maniobras a menudo arteras y a un anti-intelectualismo populista, el Partido

² Sobre el retiro de las mujeres socialistas del MEMCh, véase Corinne Antezana-Pernet, comunicación personal, 4 de agosto, 1995. Sobre lo difícil que fue mantener la organización femenina dentro de un partido fraccional véase *Rumbo*, junio, 1940, pp. 65-66; *La Crítica*, 24 de mayo, 1942, p. 6 y 27 de mayo, 1942, p. 5; *El Siglo*, 17 de enero, 1943, p. 7; *Combate*, primera quincena de febrero, 1943, p. 2 y segunda quincena de marzo, 1943, p. 4; Partido Socialista, "IV Congreso Extraordinario", p.15; Partido Socialista, "Una etapa de clarificación socialista", p. 23;

Comunista logró utilizar las diferencias de clase que existían al interior del MEMCh para desvirtuar a las dirigentes feministas progresistas. Si bien la crítica del Partido Comunista, que sindicaba a las memchistas como burguesas, buscaba neutralizar los planteamientos feministas más radicales, también este partido se apoyaba en el respaldo de las mujeres obreras hacia el sistema del salario familiar, y en el descontento de estas mujeres por las diferencias de clase dentro del movimiento femenino. En consecuencia, los comunistas lograron desplazar a las dirigentes feministas más radicales. Sin embargo, no pudieron derrotar por completo al feminismo. Por el contrario, el control del MEMCh cayó en manos de feministas más moderadas, más cercanas al estado, más sospechosas del Partido Comunista, más marcadas por discursos de corte profesional-disciplinario, e ideológicamente más cercanas al centro. Aunque estas feministas moderadas continuaron organizando a las dueñas de casa obreras y promoviendo el bienestar de las mujeres, se opusieron claramente a la militancia de clase entre las mujeres de clase obrera. Después de 1944, utilizarían su acceso al estado para consolidar el control sobre las organizaciones de dueñas de casa y desplazar al Partido Comunista. Con la derechización del clima político después de 1947, irían aún más lejos: en conjunto con otras autoridades políticas, aplastarían los esfuerzos desplegados por los comunistas para organizar a las dueñas de casa. Por lo tanto, las memchistas progresistas que intentaron reconciliar las demandas de clase con las de género fueron finalmente acalladas tanto por los comunistas, que no quisieron enfrentar la posición subordinada de la mujer dentro de la familia, como por las feministas moderadas, que no supieron considerar las diferencias de clase.

LA EXPANSIÓN DE LA ORGANIZACIÓN FEMENINA

Al interior del movimiento obrero chileno, las organizaciones de mujeres comenzaron a desarrollarse durante las primeras décadas del siglo veinte—y con ellas las disputas acerca de cuál era el lugar correcto de la mujer dentro del movimiento obrero y la izquierda. En 1905-1907, las mujeres asalariadas de Santiago adoptaron un "feminismo obrero" que buscaba defender los derechos de las mujeres trabajadoras. Sin embargo, tanto las feministas obreras como los hombres que las apoyaban veían el mejoramiento de las condiciones laborales de estas mujeres como una solución de corto plazo. Ellos trabajaban para un futuro ideal en el cual los obreros varones ganarían suficiente dinero para mantener a sus esposas e hijas en casa, lejos de un trabajo asalariado que se suponía peligroso y explotador. Sostenían que las mujeres de la clase obrera deberían movilizarse para defender el salario familiar ganado por los hombres. Pocos años después, en 1913-1918, las mujeres en las comunidades salitreras del norte crearon los Centros Belén de Sárraga, de corte proto-feminista. En esas localidades, era común que las mujeres cerraran filas junto a sus hermanos en la miseria y defendieran las demandas de los obreros del salitre. Si bien la Federación Obrera de Chile (FOCh) admitió algunas organizaciones exclusivamente femeninas en 1919-1921, en la década del veinte se volcó hacia la organización de grupos femeninos de auxilio que incluían tanto a las esposas e hijas de los obreros, como a mujeres asalariadas. Por lo tanto, pese al incipiente feminismo que se dio desde 1905 a 1907 y de 1913 a 1918, la izquierda fácilmente incorporó las demandas de las mujeres dentro de organizaciones dominadas por hombres y que defendían los derechos de los obreros varones.³

³ Sobre el feminismo obrero, véase Hutchison, "Working Women of Santiago", capítulos 4 y 5. Sobre la participación femenina en la FOCh y el POS véase el mismo trabajo de Hutchison, pp. 245-53; DeShazo, *Urban Workers*, p. 153; Figueroa Ortiz y Sandoval Ambiado, *Carbón*, p. 122 y p. 176; Lavrin, "Women, Labor and the Left"; y entrevista a Blanca Flores, 4 de junio, 1993.

Durante la década del treinta, lentamente la situación comenzó a cambiar. El resurgimiento de un feminismo de clase media preocupado en primera instancia del voto femenino, obligó a la izquierda a reconsiderar las demandas de las mujeres y la revitalización paralela de la izquierda le dio un impulso a los intentos de los partidos políticos por movilizarlas. En el Partido Socialista, las organizaciones locales y regionales de mujeres proliferaron entre 1935 y 1937, y en este último año los socialistas reconocieron formalmente a la Asociación de Mujeres Socialistas (AMS), una confederación nacional de mujeres afiliadas a dicho partido.⁴ Aunque al interior del Partido Comunista comenzaron a surgir los departamentos femeninos, alrededor de 1940 los dirigentes de ese conglomerado político repudiaron lo que ellos consideraron "un partido de mujeres dentro del Partido", y en su lugar propiciaron "comisiones femeninas" cuya misión fuera ingresar a las mujeres, particularmente a las dueñas de casa, a las filas del Partido. Tal como la AMS, estas comisiones femeninas actuaban a menudo como auxiliares femeninos que recaudaban dinero, organizaban rifas y cenas, hacían los sándwiches para los eventos sociales del Partido y servían el café durante las reuniones. No obstante, eran espacios en donde las mujeres discutían sus necesidades sociales y políticas como mujeres.⁵

Sobre los Centros Belén de Sárraga véase Gaviola, et al., *Queremos votar*, pp. 21-37, Hutchison, "Working Women of Santiago", pp. 230-45.

⁴ Para un resumen de la variada organización femenina véase Antezana-Pernet, "Mobilizing Women", pp. 52-63. Sobre los grupos locales y regionales afiliados al PS véase *El Socialista*, Puerto Natales, 22 de marzo, 1935, s.p.; *Consigna*, 13 de julio, 1935, p. 4; *Julio Barrenechea*, Temuco, 27 de marzo, 1937, p. 4; *Frente Popular*, Valparaíso, 15 de junio, 1937, s.p.; *Barricada*, primera quincena de noviembre 1937, p. 4; y segunda quincena de octubre, 1938, p. 2. Las referencias más tempranas a la AMS que pude ubicar se encuentran en *Claridad*, 19 de diciembre, 1937, p. 2; 20 de diciembre, 1937, p. 2; y 21 de diciembre, 1937, p. 4.

⁵ Sobre los departamentos locales femeninos véase *El Popular*, Antofagasta, 6 de octubre, 1938, p. 2; *El Mensaje Obrero*, Rancagua, 1 de mayo, 1939, s.p. y p. 4; *Juventud en Marcha*, Concepción, 17 de abril, 1937, p. 1; *Frente Popular*, Valparaíso, 21 de agosto, 1937, s.p.; y *Alianza Libertadora de la Juventud*, Antofagasta, diciembre, 1936, pp. 1 y 4. La cita viene de *El Organizador*, 1 de junio, 1940. Sobre la Comisión Nacional Femenina, véase entrevistas con Elena Pedraza, 23 de abril, 1993 y 28 de mayo, 1993. Sobre las actividades de servicio de las

Con un énfasis mayor que a comienzos de siglo, la izquierda destacaba ahora la emancipación de la mujer, aunque todavía esas demandas siguieran subordinándose a las grandes luchas de clase. En 1937, un periódico del Partido Socialista proclamaba en un discurso más bien típico de la época que "[l]a Brigada Femenina Socialista ha nacido como una consecuencia de la doctrina del P.S. que considera a la mujer, política y socialmente, en igualdad de derechos y condiciones con el hombre. Ataca la explotación de la mujer por el hombre y quiere una perfecta igualdad entre el hombre y la mujer. La mujer debe desempeñar un papel activo y decisivo en la vida, por lo que debe luchar abnegadamente por cambiar el actual régimen de explotación y atropellos. La mujer tiene un papel decisivo en la formación de los futuros ciudadanos y debe formarlos en una línea socialista y revolucionaria". Según el autor de este artículo, la igualdad entre los sexos era buena y necesaria, siempre y cuando alentara a las mujeres a luchar por el socialismo, la revolución y el bienestar de los niños. Tal como comentaba otro miembro del Partido Socialista: "[S]omos partidarios que la mujer se iguale en todo y por todo al hombre, pero no en esta sociedad actual ... sino en la SOCIEDAD SOCIALISTA INTEGRAL". Hasta ese entonces, el autor sugería, las mujeres, seducidas por la propaganda capitalista, no debían tener el derecho a votar.⁶

Las publicaciones de izquierda condenaban lo que caracterizaban como frenéticos llamados feministas en contra de los hombres y urgían a las mujeres a luchar junto a sus esposos por la causa socialista. "Como compañera del hombre trabajador", escribía la socialista Carmen Franck, "no debe abanderizar su doctrina en un campo aparte de él". "Estrella Roja", una de sus camaradas, secundaba sus palabras haciendo el siguiente llamando a sus lectoras: "Únete a tu

mujeres véase *Liberación*, Tomé, 3 de junio, 1939, p. 1. Para una crítica de esta práctica véase Guerrero, "Por una Juventud Comunista", p. 17.

⁶ Julio Barrenechea, Temuco, 27 de marzo, 1937, p. 4. *Acción Socialista*, 7 de julio, 1934, p. 8.

compañero en la lucha, no seas el vil juguete de los que te explotan.... Ya es tiempo de romper con nuestros explotadores, toda mujer proletaria y consciente debe luchar y dejar a un lado ese feminismo tonto en que vive y pensar que es igual en derechos al hombre". Así, parecía que la defensa de la clase obrera requería repudiar un "feminismo tonto", que la izquierda identificaba como elitista, divisor, y secundario.⁷

No obstante, el reconocimiento de que la liberación de la mujer y la revolución socialista no eran incompatibles le permitió a las mujeres enfatizar la pluralidad de los proyectos socialistas. Carmen Franck sugería que la conciencia de clase y de sexo de las mujeres las conduciría a adoptar la causa socialista. Al escribir sobre "la lucha por la justicia y las *equidades* sociales", Franck describía al socialismo como una forma plural de liberación en el cual las demandas de las mujeres no necesariamente serían secundarias. En cuanto a si la mujer estaba suficientemente concientizada para votar, ella le contestaba al camarada que quería negarle el voto: "[N]o nos dejaremos mistificar".⁸

EL MEMCH Y LA IZQUIERDA

Con la fundación del MEMCh el 11 de mayo de 1935, se creaba una organización femenina de izquierda de amplia base social, que acentuaría dentro de la izquierda la necesidad de enfrentar los temas relacionados con la organización femenina y las demandas de género. Cuando Marta Vergara y Elena Caffarena convocaron a más de dos docenas de mujeres a la Universidad de Chile ese 11 de mayo, se cuidaron de incluir no sólo mujeres de clase media con una amplia experiencia dentro de las organizaciones femeninas y mujeres profesionales, sino

⁷ *Acción Socialista*, 6 de abril, 1934, p. 6. *El Socialista*, Puerto Natales, 13 de junio, 1935, s.p. Véase también *Acción Socialista*, 13 de mayo, 1934, p. 2.

⁸ *Consigna*, 19 de marzo, 1934, p. 2, mi énfasis. *Consigna*, 2 de junio, 1934, p. 7.

también a mujeres de clase obrera y a militantes de partidos políticos. Durante los años siguientes, el MEMCh se proyectaría como una organización autónoma, pluralista, con un fuerte corte feminista, y continuaría movilizándolo a un grupo heterogéneo de mujeres. Según Elena Caffarena, "Allí [en el MEMCh] se realizó algo que parecía hasta entonces increíble: ver actuar juntas y en perfecta armonía mujeres de todas las clases sociales: la empleada al lado del médico, la abogada al lado de la campesina, la señora al lado de la empleada doméstica, la artista, la escritora al lado de la mujer del pueblo...". En efecto, el MEMCh se convertiría en la primera organización femenina de masas en Chile.⁹

La nueva organización no desplazó el activismo de las mujeres al interior de los partidos políticos. Como lo admitía Caffarena en una entrevista en 1942, las mujeres podían y debían luchar en "dos frentes": en las organizaciones de mujeres por sus derechos como mujeres y junto a sus hijos, compañeros y otros familiares para otras demandas más generales. En efecto, la creación del MEMCh impulsó la organización de las mujeres dentro de las filas partidarias y la recién creada organización se vio a su vez fortalecida por el trabajo partidario. A modo de ejemplo, la AMS ganó fuerza más o menos en la época del Primer Congreso Nacional del MEMCh, en 1937, y algunos grupos de mujeres que habían surgido de la política partidaria luego se unieron al MEMCh. En La Serena, el brazo femenino del Frente Popular se afilió a la organización femenina en octubre de 1936 y en muchos sentidos, las grupos afiliadas al MEMCh

⁹ *La Nación*, 25 de enero, 1942, p. 3. Para más información sobre las fundadoras del MEMCh véase Durand, *Mis entrevistas*, p. 199; Antezana-Pernet, "Mobilizing Women", capítulo 2; Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, pp. 168-72; y entrevista a Pécival Heredia, 7 de mayo, 1993.

en los campamentos salitreros fueron la continuación de los anteriores comités de dueñas de casa ligados a la organización sindical.¹⁰

El feminismo del MEMCh combinaba un análisis de los intereses específicos de las mujeres con una consideración de las necesidades más amplias de la clase obrera y de la nación. Elena Pedraza, militante del Partido Comunista desde la década del treinta, explicó así la perspectiva memchista:

Y anteriormente también se preocupaban de los problemas generales, los Centros de Madres, la educación, la salud, habitacionales, todos esos problemas sociales los tomaron ellas, pero desde un campo muy específico de la mujer, porque ellas no podían participar como los hombres en los partidos políticos. Los hombres después que trabajan se van a sus organizaciones y la mujer después del trabajo tiene que volver a atender el hogar, la familia, por lo tanto ella no está tan vinculada a esos factores y tampoco puede hacerlo. Todo eso lo consideraron mucho el MEMCh por eso fue una organización que pudo tener en su organización cientos de miles de mujeres de todo el país.

Pedraza veía al MEMCh como una organización que atendía las demandas sociales de las mujeres, y especialmente de las dueñas de casa, organizándolas en sus barrios.¹¹

Al mismo tiempo, el feminismo memchista convergía con el proyecto del Frente Popular. Tal como lo destacaba Elena Caffarena en 1948, "Nunca el MEMCH ha sostenido un criterio restringido de plantear sus campañas en términos de antagonismos frente al sector masculino de la sociedad; el punto de vista de la institución ha sido siempre el de que hombres y mujeres deben integrar sus fuerzas para realizar una tarea común. Frente a injustas discriminaciones de sexo, el MEMCH ha levantado su protesta, pero nunca a circunscrito su labor solamente a esta clase de reclamaciones. De ahí, pues, que en ambos Congresos, al lado de las que eran justas reivindicaciones femeninas, figuraran estudios de problemas generales, tanto de la vida nacional como internacional". A fines de 1937, celebrando esta postura, el periódico comunista *Frente*

¹⁰ La cita de Caffarena viene de Durand, *Mis entrevistas*, p. 20. Sobre el MEMCh La Serena y otro grupo de Tocopilla que se afilió al MEMCh véase *La Mujer Nueva*, noviembre 1936, p. 8.

Popular alababa al MEMCh afirmando que había "comprendido claramente la vinculación íntima de sus problemas específicos con el devenir político-social de todo el país".¹²

El compromiso del MEMCh con problemas "nacionales" como el alto costo de la vida hizo posible y atractiva la alianza con las fuerzas del Frente Popular. Refiriéndose en 1936 a la lucha por frenar el alto costo de la vida, una militante de la organización escribía, "Mientras las organizaciones de obreros, campesinos, profesionales, mujeres y empleados no luchan unidos por reivindicaciones de este tipo, el costo de la vida irá en constante ascenso, pues las bajas de fondos de los explotadores no se sacian jamás. Continuará la degeneración de nuestro pueblo llegaremos a la muerte en los manos del fascismo y del Imperialismo extranjero".¹³ Ambas fuerzas se acercaron así por la necesidad de combatir enemigos comunes—como el fascismo y el imperialismo—o simplemente a "los explotadores".

La clara adhesión del MEMCh a la izquierda lo distanció de un feminismo de elite que las mismas memchistas describían como contrario a su lucha por una plena democracia económica y política para ambos sexos. Este punto de vista predominó especialmente entre las mujeres ligadas a los partidos políticos, tal como lo demuestra un artículo de 1936 escrito por la militante comunista Leontina Fuentes para el periódico del MEMCh *La Mujer Nueva*, en el cual dejaba en claro que las mujeres compartían muchos problemas, pero que esos problemas comunes eran "mínimos en comparación de los problemas generales que afectan por igual a ambos sexos".¹⁴

¹¹ Entrevista a Elena Pedraza, 28 de mayo, 1993.

¹² "El MEMCh y el voto político", Santiago, Archivo Personal de Elena Caffarena (de aquí en adelante APEC), 1948, A3 10. *Frente Popular*, 2 de noviembre, 1937, p. 3. Véase también *La Mujer Nueva*, junio, 1936, p 3 y 8 de noviembre, 1935, p. 2.

¹³ *La Mujer Nueva*, febrero, 1936, p. 4.

¹⁴ *Ibid.*, junio, 1936, p. 4. Para otras fuentes que demuestran el antagonismo entre las mujeres de clase alta y la izquierda, véase *La mujer nueva*, 8 de diciembre, 1935, s.p.; y *Claridad*, 21 de diciembre, 1937, p. 2. Sobre el feminismo de elite de las primeras dos décadas del siglo veinte véase Verba, "The Círculo de Lectura".

Caffarena llevaba esta afirmación aún más lejos cuando en 1940 expresa que "La lucha por la democracia, por ampliar la democracia de lo político a lo económico es fundamental y previa en toda lucha feminista". Al distanciarse del feminismo, o al menos de un cierto tipo de feminismo, el MEMCh ciertamente buscaba convencer a sus aliados que no sería un factor de división. La preocupación del MEMCh por los "problemas generales" reflejaba también el interés sincero de sus afiliadas por una variedad de temas políticos.¹⁵

Sin embargo, aunque el MEMCh estableciera alianzas con la izquierda y con las coaliciones del Frente Popular, y aunque se negara a restringir su agenda política sólo al tema de la mujer, estaba completamente comprometido con el mejoramiento de la condición de la mujer y con el feminismo. El movimiento incluso promovió reformas feministas muy controvertidas, como la revocación de las leyes laborales protectoras, el mayor acceso al control de la natalidad, la reforma de leyes civiles que subordinaban a la mujer dentro del matrimonio, la promulgación de legislación sobre el divorcio y la autonomía económica para la mujer. Y en aquellos momentos en que veían un contexto político parecía más propicio, las feministas radicales se volcarían más hacia estos temas que hacia aquellos otros problemas "generales". Por ejemplo, en la convención que aprobó la plataforma presidencial de Gabriel González Videla, Elena Caffarena, que asistía como delegada del movimiento de mujeres, dejó de lado los "problemas nacionales" y se concentró en las demandas específicas de las mujeres.¹⁶

Las dirigentes feministas esperaban que la lealtad férrea del MEMCh hacia el Frente Popular impidiera que la izquierda tachara al feminismo de reaccionario y desentendido de las

¹⁵ Memoria presentada al Segundo Congreso Nacional del MEMCh, 1940, APEC A1 4.

¹⁶ Sobre los aspectos más radicales de la plataforma del MEMCh véase "Programa del Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres", *La Mujer Nueva*, 8 de noviembre, 1935, s.p. Boletín extraordinario del Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile, 1946, APEC A1 8.

luchas obreras. Y, en efecto, cuando el MEMCh comenzó a delinear y difundir una agenda política concreta para las mujeres que ponía por delante reformas legales y sociales específicas que podían ser implementadas en un futuro cercano, se le hizo más difícil a la izquierda posponer para después de la revolución las necesidades explícitas de las mujeres. El surgimiento de una política de izquierda menos obrerista, menos mesiánica y más pragmática, también allanó el camino para los esfuerzos de las memchistas por mejorar su propio destino. Ahora las feministas podían argumentar que si los obreros no tenían que esperar el advenimiento de una sociedad socialista para mejorar su bienestar, tampoco tenían que hacerlo las mujeres. Si los obreros podían cortejar aliados burgueses para promover sus objetivos, lo mismo podían hacer las mujeres. La militante memchista Marta Vergara refutó la idea de que el feminismo era burgués e irrelevante para el socialismo argumentando que los problemas de la mujer no eran secundarios. Sostenía que la estrategia del Frente Popular se basaba precisamente en reformas y en una alianza con la burguesía. En discusiones con su novio comunista Marcos Chamudes sobre la importancia del feminismo y su naturaleza de clase, Vergara argüía que los comunistas promovían una revolución reformista, democrático-burguesa, que debía llevarse a cabo en alianza con sectores de la burguesía. Tal como lo recordaba en sus memorias publicadas en 1963: "Sobre éstos, mi enfoque y el de Marcos Chamudes no coincidían. Yo creía que la igualdad de derechos para las mujeres estaba por encima de la lucha de clases. Al fin y al cabo, argüía, el Partido Comunista chileno declaraba en esa época que la revolución en el país debería ser de tipo democrático-burgués. ¿Por qué excluir entonces a las mujeres de la burguesía? ¿Por qué no ayudarlas a obtener los beneficios enumerados para ellas en el programa?".¹⁷ Mientras que los políticos del Frente Popular se preocupaban de los aspectos económicos de la alianza

¹⁷ Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, p. 117.

democrático-burguesa y planteaban las demandas de los trabajadores como un factor importante en el bienestar nacional, mujeres como Vergara buscaban ampliar el abanico de actores e intereses que cabían dentro del Frente Popular (y también expandir los supuestos beneficiarios de las reformas).¹⁸ Al movilizar a mujeres de diversas clases y al presionar por una extensión formal y sustantiva de la democracia, las feministas fueron, quizás, las principales promotoras de la alianza democrático-burguesa.

Sin embargo, los políticos de izquierda criticaban el feminismo precisamente porque era un movimiento pluriclasista, y continuaron viendo a la clase trabajadora como la principal protagonista de las reformas. Así impedían la democratización y la unidad nacional que ellos mismos propiciaban—y que las mujeres conscientemente trataban de lograr.¹⁹ De hecho, la frecuencia con la que hombres y mujeres de izquierda buscaban distanciarse del feminismo (aún cuando el MEMCh se desvivía por demostrar que practicaba un feminismo con conciencia social) sugeriría que quizás les molestaba algo más allá de los prejuicios de clase de las líderes feministas. Esto lo insinuaba Marta Vergara cuando le decía a su novio que, dados los objetivos planteados por el Frente Popular, el carácter burgués del feminismo no debería ser motivo de críticas. Además, aunque dentro del feminismo chileno había existido un ala sin sensibilidad por los derechos políticos y sociales de los pobres, hacia 1935 ya estaba casi extinto. Por ello, es muy probable que el feminismo fuera considerado divisorio por otras razones: porque hombres y mujeres temían sus elementos más subversivos y porque los hombres sentían gran ansiedad de

¹⁸ Aunque el proyecto económico del Frente Popular contemplaba una alianza con los sectores progresistas de la burguesía, en realidad los políticos del Frente Popular podían contar con las inversiones estatales y el manejo económico del estado para suplir a los industriales que no querían cooperar con su proyecto.

¹⁹ Véase Laclau y Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, pp. 55-58, para una exploración del *potencial* democratizador inherente a la estrategia democrático-burguesa comunista y también una discusión de las prácticas vanguardistas que frenaron ese potencial.

perder el control sexual y político. Generalmente estas ansiedades no solían manifestarse en público. Aún así, los peligros ocultos del feminismo surgían en el ámbito privado cuando militantes de izquierda difamaban a las feministas, tildándolas subrepticamente de ahombradas o lesbianas. Elena Pedraza recuerda cómo Isabel Díaz, una comunista muy franca y directa en sus opiniones, fue desautorizada justamente con tales epítetos por hombres del Partido:

La Isabel Díaz, era una obrera, pantalonera, vestonera. Y esta mujer yo no sé si había conocido a Recabarren, esta mujer era una vieja, de pelo blanco, bien grande. Le faltaban los dientes parece, pero para hablar era una feminista tremenda. Y por ser feminista y cómo les peleaba a los hombres de igual a igual, esto es algo que yo pienso, podría haberle pegado hasta un puñete a un hombre, maciza. Me acuerdo que le corrieron que era maricona.... Estaba en el Partido y ella los enrostraba, la impresión que tengo, sobre todas las cosas de los hombres, la política del partido, de considerar a la mujer, de mirarla en un segundo plano.²⁰

En definitiva, no importaba con cuánto esfuerzo las memchistas trataran de probar su lealtad al Frente Popular, ni tampoco cuán a menudo invocaran los objetivos de la coalición, porque al final no lograban superar temores y ansiedades implícitas respecto a la ambigüedad sexual que podría traer el feminismo. Aunque las militantes del MEMCh rebatían el antifeminismo de izquierda demostrando cómo la emancipación de la mujer estaba ligada a otras reformas popular-democráticas, muchos se mantuvieron escépticos hacia el feminismo.

"LA ESCRITORA AL LADO DE LA MUJER DEL PUEBLO": NEGOCIACIONES DE CLASE Y GÉNERO

Que los hombres militantes de izquierda expresaran su inconformidad con el feminismo apodándolo de burgués no significaba que su contenido de clase—en tanto ideología y movimiento—no fuera motivo de disputa entre las mismas mujeres activistas. Las mujeres que dirigían el MEMCh, gran mayoría de ellas profesionales, vieron la incorporación de las mujeres

obreras a la organización como parte esencial de su misión y creían que el feminismo expresaba las necesidades de esas mujeres. Sin embargo, el MEMCh no lograba la "perfecta armonía" que deseaba Caffarena, ya que los hombres no eran los únicos que se sentían amenazados por las propuestas feministas más subversivas del grupo. Muchas mujeres obreras que se identificaban a sí mismas como madres y dueñas de casa—y que veían la protección masculina, especialmente la protección económica, como su mejor apuesta de sobrevivencia—también se sentían incómodas con elementos de las propuestas del MEMCh. Por esa razón, a las dirigentes memchistas se les hizo difícil forjar un proyecto feminista pluriclasista y promover formas de participación ciudadana coherentes con ese proyecto.

Los esfuerzos del MEMCh por encontrar una voz política que representara a las mujeres, tarea en sí misma muy compleja, se hizo aún más difícil debido a las tensiones entre esta organización y el Partido Comunista. A través de todo el período del Frente Popular, los comunistas desafiarían al MEMCh sobre las bases de que era un grupo elitista guiado por los intereses de mujeres profesionales. A su vez, las mujeres profesionales cuestionarían al Partido Comunista sobre las bases de que no respetaba su derecho a un pensamiento y una organización independientes. El conflicto entre el MEMCh, una organización que defendía su autonomía, y el Partido Comunista, que buscaba ensanchar sus filas, se sobrepuso a las discrepancias entre modelos más feministas y más tradicionales de ciudadanía social y política para la mujer. Los efectos de esta situación fueron desafortunados pues de alguna manera impidieron que los dirigentes del movimiento de mujeres, en su mayoría profesionales, comprendieran por qué sus propuestas de corte más radical podían ser poco atractivas para las mujeres de clase obrera, e hizo imposible una consideración más sostenida del feminismo por parte de la izquierda. En la

²⁰ Entrevista a Elena Pedraza, 28 de mayo, 1993.

medida que tanto feministas como izquierdistas imponían sus propias definiciones de la feminidad obrera—postura unilateral particularmente frecuente dentro del Partido Comunista, que ponía la lucha de clases por encima de todo—impedían el diálogo entre feministas y militantes de izquierda. Así, los partidismos institucionales e ideológicos sirvieron para ocultar las diferencias de clase entre las mujeres y (lo que fue aún más frecuente) las inequidades de género dentro de la clase obrera.

La colaboración entre el Partido Comunista y el MEMCh se fundó sobre la conveniencia y los principios. En un nivel práctico, ambas organizaciones se necesitaban. El Partido requería del MEMCh porque movilizaba de manera muy eficiente a grandes grupos de mujeres, y además, las mujeres comunistas se legitimaban dentro del movimiento de mujeres más amplio a través de su participación en el MEMCh. Por su parte, el MEMCh necesitaba del Partido Comunista, o al menos a ciertas mujeres militantes comunistas, para llegar a las mujeres de clase obrera.

Por medio de circulares, cartas, y la esporádica publicación de *La Mujer Nueva*, que alcanzó una circulación de 3.000 ejemplares, el MEMCh intentó movilizar a las mujeres en función de una causa común, comunicarles el programa del MEMCh y reclutarlas a sus filas. Aún así, las comunistas animaban las campañas de reclutamiento y los llamados a la organización que eran la herramienta movilizadora más eficaz del MEMCh, y el grupo feminista descansaba fuertemente en sus militantes comunistas para llegar a las mujeres de la clase obrera. María Ramírez y Eulogia Román, ambas líderes sindicales comunistas de extracción obrera, realizaron en 1937 una gira por todo el país y Ramírez visitó las provincias del norte poco antes del Segundo Congreso Nacional del MEMCh en 1940. Dado que las memchistas comunistas que viajaban fuera de Santiago recurrían a sus propios contactos políticos para levantar el MEMCh, sus campañas eran más efectivas en aquellos lugares en donde ya existía una trayectoria de

organización obrera. Por ello, muchos de los miembros de base del MEMCh provenían de áreas en donde la organización comunista y, particularmente la organización comunista de las mujeres, había sido muy fuerte. La región salitrera, por ejemplo, se transformó en uno de los baluartes del MEMCh, y esta organización también tenía comités en el pueblo minero de Sewell y en la región carbonífera de Lota y Coronel. Es probable que *El Siglo* no exagerara cuando, en 1943, informaba que los diecisiete comités del MEMCh en la provincia de Tarapacá constituían "la mayoría de la población femenina organizada". Al menos fuera de Santiago, la capacidad de reclutamiento del MEMCh era mucho mayor entre las dueñas de casa obreras que entre las mujeres de la clase media.²¹

Además, los dirigentes comunistas frecuentemente instigaban la formación de comités del MEMCh. Durante la gira por la región salitrera del senador comunista Elías Lafferte a comienzos de 1939, la seccional femenina del Partido Comunista en la oficina salitrera de Buenaventura ofreció un almuerzo en su honor. Allí, Lafferte instó a las mujeres a conformar un comité del MEMCh. También en otros lugares eran obvios los esfuerzos de los comunistas por el MEMCh. El comité de Conchalí, por ejemplo, estaba afiliado a Socorro Rojo, una organización de masas cercana al Partido Comunista que entregaba ayuda a los presos políticos y a sus familias; y de manera más general, las memchistas participaban en las luchas sindicales y en los

²¹ Cifras sobre la circulación de *La Mujer Nueva* se encuentran en *La Mujer Nueva*, noviembre 1936, p. 2. Sobre las actividades de Ramírez véase la misma publicación de septiembre, 1940; *El Siglo*, 22 de octubre, 1940, p. 9 y 12 de noviembre, 1944, p. 12. Sobre las actividades de Román véase *Frente Popular*, 25 de octubre, 1937, p. 9 y Elena Caffarena, "Por qué renuncié a la secretaría general del MEMCh", APEC A1 5. La información sobre Román y Ramírez también proviene de Entrevista a Elena Pedraza, 28 de mayo, 1993. Sobre los esfuerzos de los comunistas véase además *La Mujer Nueva*, diciembre, 1936, p. 7, y *El Siglo*, 18 de julio, 1943, p. 8. Sobre memchistas en el Segundo Congreso Nacional, véase Lista de Memchistas que asistieron al Segundo Congreso Nacional de Mujeres de Santiago, APEC A1 13, y *El Siglo*, 6 de mayo, 1943, p. 4. Sobre los primeros esfuerzos de reclutamiento del MEMCh véase también Antezana-Pernet, "El MEMCh en provincia" y Poblete, *Una mujer*.

comités de barrio en que había presencia comunista. De hecho, en algún momento después de 1935, se hizo común que los dirigentes se refirieran a organizaciones femeninas asociadas al Partido Obrero Socialista, de corte proto-comunista, o al mismo Partido Comunista, como grupos del MEMCh, aún cuando aquellos grupos habían existido antes de la formación de la organización feminista.²²

Miembros de los comités locales del MEMCh fuera de Santiago, y en particular miembros de los comités con fuertes lazos con el Partido Comunista, continuaron luchando por sus demandas como dueñas de casa y madres de clase obrera: más escuelas, saneamiento, y precios más bajos para los productos de subsistencia.²³ Estas mujeres también participaban en el quehacer de los sindicatos en los que militaban sus familiares varones, apoyándolos en las huelgas, y abogando por la extensión del salario familiar para los jefes de familia. Empleando nociones hegemónicas de masculinidad, ellas buscaban que los hombres cumplieran con sus responsabilidades hacia sus esposas y niños. Por ejemplo, para mejorar el bienestar físico y material de mujeres y niños dentro de la familia patriarcal, varios comités locales exigían ley seca en sus vecindarios, lo cual lograron las memchistas en Corral. En Ovalle se inició una cruzada en contra de las apuestas, en tanto que en Lota, Coronel, Valdivia y Naltuagua, las memchistas promovieron la ley ética por medio de artículos en los periódicos, charlas, manifestaciones y eventos sociales. El MEMCh de Concepción fue particularmente activo en estos temas: sus miembros marcharon contra la ebriedad, auspiciaron una competencia de atletismo para ofrecerles a los hombres otras instancias recreativas, y organizaron una exposición de afiches que mostraban las horribles consecuencias del alcoholismo. Junto a grupos sindicales

²² *Chispa*, Iquique, cuarta semana de febrero, 1939, p. 2. *La Defensa*, junio, 1936, p. 9. Las siguientes entrevistadas se refieren a grupos anteriores al MEMCh como comités del MEMCh: entrevista a Iris Figueroa, 5 de abril, 1993 y entrevista a Fresia Gravano, 4 de abril, 1993.

y mutualistas, organizaron un amplio comité en contra del alcoholismo.²⁴ Fue en gran medida gracias a las campañas de este tipo que el MEMCh se convirtió en una poderosa institución con comités de base a lo largo de todo el país.

Si bien muchos de los comités de base del MEMCh reafirmaban una identidad femenina más tradicional, no todos se mostraban desinteresados en las propuestas más explícitamente feministas de esta organización. Un artículo escrito por una de sus militantes de base, y publicado en el periódico del sindicato de El Teniente, ponía de manifiesto la ambivalencia de las dueñas de casa obreras en relación a las demandas feministas que cuestionaban el sistema de salario familiar. Este artículo aprobaba las conclusiones del congreso de 1940 del MEMCh, fijando su atención primero en el rechazo a la legislación laboral protectora que restringía a las mujeres. Dado que las leyes laborales protectoras prohibían a las mujeres trabajar bajo tierra, los efectos de esas leyes serían particularmente obvios en un campamento minero, en donde las mujeres habrían sido legalmente excluidas de los puestos de trabajo mejor pagados. Sin embargo, después de describir algunas de las resoluciones del congreso, la autora concluía: "Estos son algunos de los problemas que abordó el MEMCh en su segundo Congreso Nacional... En este Campamento adquiere un problema pavoroso, el de la alimentación como consecuencia del alto costo de la vida".²⁵ En este recuento, las conclusiones del congreso del MEMCh se presentaron como importantes e interesantes pero distintas a las preocupaciones de las mujeres de la localidad. Al mismo tiempo, un artículo anónimo publicado en otro número del

²³ Antezana-Pernet, "El MEMCh en provincia".

²⁴ *La Mujer Nueva*, 8 de diciembre, 1935, s.p.; Memoria presentada al Segundo Congreso Nacional del MEMCh, 1940, APEC A1 4; Posición del MEMCh frente a las elecciones municipales, c. abril, 1947, APEC A1 11.

²⁵ *El Despertar Minero*, Sewell, 15 de marzo, 1941, p. 3. Sobre las limitadas oportunidades de empleo para las mujeres en El Teniente véase también Klubock, "Hombres y mujeres en El Teniente".

periódico del sindicato de El Teniente concluía: "Habemos muchas mujeres, que deseamos ir al Sindicato, ayudar en la conquista de las necesidades".²⁶

Así, no pocas de las miembros de origen obrero del MEMCh habían ya participado en las luchas obreras, y llegaron al MEMCh con una identidad política delineada en función de sus actividades como dueñas de casa y madres obreras. A través de esta identificación política de corte más bien tradicional, habían ya logrado un apoyo económico masculino más constante y concesiones de parte del capital. En la medida que estas mujeres ingresaban al MEMCh, sería cada vez más difícil sostener la crítica frontal de la organización hacia la dominación masculina y normas de género anquilosadas.

NEUTRALIZAR Y DIVIDIR. EL DESAFÍO COMUNISTA

Las militantes comunistas del MEMCh, quienes en su mayoría mostraban más lealtad a su partido que al feminismo, agravaron las dificultades que enfrentarían feministas como Vergara y Caffarena. Al movilizar a las mujeres para la lucha de clases y al reforzar las identidades políticas de las mujeres como madres y dueñas de casa, las comunistas terminaron por neutralizar el feminismo más radical dentro del MEMCh. Sin embargo, este resultado no fue una consecuencia inevitable de los intentos del MEMCh por organizar conjuntamente a mujeres de clase media y de clase obrera, así como a mujeres solteras y mujeres dueñas de casa y madres. Por el contrario, la neutralización del feminismo más radical dentro del MEMCh fue, en gran medida, la responsabilidad de comunistas memchistas como Micaela Troncoso y María Ramírez, que actuaban bajo las órdenes de la jerarquía central del Partido Comunista. Ahora, no sería justo culpar solamente a este partido y a sus militantes memchistas por el vuelco que dio el MEMCh,

²⁶ *El Despertar Minero*, Sewell, 18 de junio, 1941, s.p.

pues muchas comunistas resistieron las presiones de su partido. Además, el éxito de Ramírez y Troncoso se debió a que pudieron potenciar las percepciones de las diferencias de clase que tenían las memchistas de base, así como sus resentimientos hacia las profesionales.

Si bien el Partido Comunista trató de ampliar su línea política durante los gobiernos del Frente Popular, continuó manteniendo una postura anti-intelectual y obrerista, en la cual las divisiones de clase eran el eje central de la lucha política. Esta tendencia emergió fuertemente después del pacto de Hitler y Stalin a finales de 1939, pero siempre había estado latente en el partido. Con la proliferación de las organizaciones de mujeres, se invocaría esta postura para poner en duda las lealtades de las dirigentes feministas. Ya en 1937, los comunistas manifestaban un marcado anti-intelectualismo en un titular del *Frente Popular* que aludía al Primer Congreso Nacional del MEMCh, proclamando (como si la erudición fuese inapropiada en las mujeres): "El Congreso Femenino No Será un Torneo de Doctas Discusiones".²⁷ La militante comunista Elena Pedraza recordaba a la memchista María Ramírez como la principal promotora de esa línea política:

Y la María Ramírez fue eso. Para ella era blanco y negro, burguesía, explotación capitalista con lo cual no había nada que entender, ni siquiera la política de alianzas. Éramos solos como los mosqueteros, unidos contra el capitalismo. Ella trasladaba eso. Entonces las mujeres del MEMCH [decían]: "¡No, pues! Estamos luchando por esto: por escuelas, por igual salario—que fue la consigna más importante—a igual trabajo, la protección a la maternidad, las salas cunas, mejorar las condiciones de la mujer en las poblaciones, etc., etc., recreación, problemas de la infancia". Todo eso trabajó el MEMCh. Lo tomaban en el campo de la mujer, y ahora que reflexiono en esta conversación veo la cosa clara. ¿Qué pasaba? Venía la María Ramírez y decía, "En estos momentos no", porque el Partido decía que había que ir a la huelga, hay que sacar a las mujeres en este momento, que hay una huelga, o trabajo de solidaridad, que hay que luchar por cualquier cosa completamente ajena a lo que estaban haciendo. Y se producía la ruptura con un grupo de mujeres que tenían un programa. Ese es el quid de la cosa.

²⁷ *Frente Popular*, 9 de octubre, 1937, p. 7.

Esta postura obrerista debilitó a un feminismo que intentaba establecerse como un movimiento pluriclasista. No obstante, algunas mujeres comunistas se resistieron a aceptarla. De acuerdo a Pedraza, "Estaba la Eulogia Román que era otra obrera, también del partido.... La María Ramírez [era] una bolchevique tremenda, luchando por la toma del poder. Y la Eulogia Román [era] más equilibrada en mirar, era lesbiana, que entendía más, más abierta, que comprendía más los problemas. La otra era dura".²⁸ Sin embargo, en las vísperas del Segundo Congreso del MEMCh en 1940 quedó en evidencia que la "bolchevique" María Ramírez, lograría su objetivo y que ello debilitaría al feminismo.

Es difícil saber si el programa feminista del MEMCh era atractivo para las mujeres obreras o hasta qué punto estas mujeres se sentían representadas por las dirigentes memchistas. Está claro que algunas creían que estas dirigentes eran demasiado intelectuales, y que las discusiones dentro del MEMCh eran algo rebuscadas. La comunista Iris Figueroa no participó en el MEMCh "porque era una cosa muy aristocrática". Al extrapolar desde su propia experiencia, ella sugirió en una entrevista que, "La mujer de la población se sentía cohibida a estar con esa gente de ese nivel. Entonces, siendo bellísimas personas conmigo, nunca tuve problemas, porque yo trabajé con Elena Caffarena, con Olguita Poblete trabajé mucho tiempo, pero los otros sectores de mujeres, digamos la mayoría de las mujeres, no llegaban por esa misma cosa. Porque era tan académico, todos los planteamientos o las discusiones. Entonces no llegaba mucho porque la mujer de nuestro pueblo es mujer de pelea, es mujer de lucha, porque tienen sus problemas".²⁹ Las intelectuales del MEMCh, según Figueroa, no podían dar voz a los problemas de las mujeres de lucha.

²⁸ Entrevista a Elena Pedraza, 28 de mayo, 1993. Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, p. 219, también se refiere a las diferencias entre las mujeres comunistas.

²⁹ Entrevista a Iris Figueroa, 5 de abril, 1993.

A diferencia de Figueroa, Mercedes Fuentealba participó personalmente en el MEMCh y opinaba que la organización la había ayudado a crecer personal y políticamente. Pero, aún cuando reconocía haberse beneficiado del contacto con las dirigentes de clase media, no dejó de ver que había diferencias marcadas entre ellas. En una entrevista en 1993, Fuentealba atenuó sus halagos al MEMCh como organización pluriclasista con una mordaz descripción de las diferencias de clase al interior de la institución:

La mujer ahí encuentra, cómo diríamos, su Club de la Unión, le diría yo. Porque es rico llegar y no tener diferencias. Usted vive aquí en este departamento y se puede codear con la que está viviendo en una choza. Y se tutean y opinan y la mujer también va culturizándose. Y va viendo que ella puede conversar con la abogada, que puede conversar con la otra, aprender. Y dice ella, "Bueno esta señora, esta señorita tan bonita que la encuentro", porque hay mujeres bonitas, "mire, pueden participar en esto". Entonces eso a ella le da confianza y a ella la trata como a una persona y le da confianza. No la trata como el patrón. Ya no es el capataz de la industria. No es la patrona de la casa que la trata con displicencia. Entonces la mujer va adquiriendo personalidad.

Vamos a poner una mujer de clase media, diríamos que tiene aquí una persona que le hace las cosas, que puede pagarle como sea, para poder trabajar Usted en la oficina o donde esté, en la escuela, qué sé yo. Y cómo no va a ser bonito que Usted con esa persona ya entable una relación humana. Ya no la mira tan así como empleada; la mira ya como la colaboradora. Y la va enderezando a que entienda que ella es persona, que ella puede cambiar, que ella los defectos que tiene, las manías diríamos, las puede superar. Y que puede aplicar en su casa algunas cosas.³⁰

En este testimonio, Fuentealba describía claramente la importancia y presencia de las diferencias de clase. Para expresar las disparidades de clase empleaba el tropo alusivo a la belleza femenina, un atributo supuestamente propio de las mujeres de elite. (En la medida en que esos ideales de belleza aludían también a atributos raciales, Fuentealba apuntaba a distinciones de clase que estaban cruzadas por el racismo). Invocaba, además, la forma más directa en que las mujeres de clase alta ejercían el poder sobre otras mujeres: en su relación con sus empleadas domésticas.

³⁰ Entrevista a Mercedes Fuentealba, 28 de abril, 1993. La crítica de Fuentealba a las mujeres de clase media tomaba fuerza en la medida que nos implicaba a ella y a mí. Se refería aquí a mi departamento (donde se hizo la entrevista), a la ayuda doméstica que presuntamente yo tenía, y a mis responsabilidades como mujer profesional de clase media.

Pero Fuentealba también señalaba que las mujeres profesionales, que habían elevado su propia autoestima a través de la educación, podían mostrarle a las mujeres obreras que ellas también tenían el derecho a ser respetadas. Señalando la posibilidad de relaciones aún más horizontales, Fuentealba destacaba que organizaciones como el MEMCh le permitían a todas las mujeres, fueran ricas o pobres, "opinar" y colaborar unas con otras a pesar de las diferencias de clase. Agregaba, de manera sugerente, que las mujeres obreras podían aplicar esta experiencia en sus propios hogares, en donde podían exigirles a sus maridos y los otros miembros de sus familias que las trataran como a iguales.

Elena Pedraza expresó otra objeción ante la crítica de que las dirigentes del MEMCh eran elitistas: que aquellos que criticaban el liderazgo del MEMCh mostraban solamente un resentimiento y un anti-intelectualismo fácil que despreciaba "todo lo que oliera a libros". Según ella, estos críticos nunca habían comprendido a las mujeres intelectuales. Más aún, aquellos que menospreciaban a las memchistas, anteponían el origen de clase a lo esencial: las acciones de las intelectuales y el ánimo con que emprendían esas acciones, es decir, su participación en la creación de un proyecto político de izquierda. Enfrentar la pobreza formaba parte de tal proyecto. Pedraza recordaba que Caffarena y las demás memchistas salían a la calle a organizar grupos en los barrios y que lo hacían "porque estaban convencidas". Por otra parte, Pedraza fustigaba con severidad a quienes olvidaban que "a veces un obrero muy explotado que vive en la miseria también puede ser en un traidor".³¹

Los acontecimientos que rodearon el Segundo Congreso Nacional del MEMCh en los últimos días de octubre de 1940, llevaron a un punto crítico tensiones que ya existían: tensiones derivadas de las diferencias de clase, tensiones entre el Partido Comunista y una organización

³¹ Entrevista a Elena Pedraza, 28 de mayo, 1993.

feminista que se enorgullecía de su autonomía, y tensiones basadas en las distintas visiones de cómo organizar a las mujeres de la clase trabajadora. En una carta de renuncia al cargo de secretaria general del MEMCh, Caffarena describió en detalle todos estos conflictos. Aunque en la carta se reconocía que siempre hubo una "fracción comunista" dentro del MEMCh, Caffarena reconocía las contribuciones de las comunistas memchistas a la organización. Las comunistas, escribió, siempre actuaron con "tacto y prudencia", moderación y disciplina. Resaltó que ella misma había recurrido con frecuencia a estas militantes para fortalecer comités locales que estaban débiles y que "sin esta fracción el MEMCh no habría podido llegar a tener la situación que actualmente ocupa".³²

Así, la controversia entre el MEMCh y el Partido Comunista no se debió simplemente a la presencia de las comunistas en el MEMCh. Más bien estalló cuando el secretario general del Partido Comunista, Carlos Contreras Labarca, mencionó al MEMCh en un discurso ante una sesión plenaria del Partido, insinuando que la organización feminista era controlada por el PC. El Comité Ejecutivo del MEMCh protestó por el discurso, el cual había sido publicado en el cotidiano *El Siglo*, porque abiertamente asociaba a las dos organizaciones, entorpeciendo la capacidad de las memchistas para llegar a las mujeres apolíticas. Cuando las dirigentes del MEMCh le pidieron a la comunista Delia de la Fuente que solicitara a su partido una declaración pública que aclarara la posición del MEMCh como una organización autónoma, la solicitud no fue acogida.³³

Para colmo, dos días antes del congreso del MEMCh, Micaela Troncoso, miembro del Comité Central del Partido Comunista, publicó un artículo en *El Siglo* que ratificaba el informe

³² Elena Caffarena, "Por qué renuncié a la secretaría general del MEMCh", APEC A1 5.

de Contreras Labarca ante la sesión plenaria, calificándolo de "magnífico". Troncoso, que había ayudado a organizar sindicatos—y organizaciones femeninas de auxilio—afiliados a la FOCh en la región carbonífera del sur en la década del veinte, se aferraba al modelo de organización femenina que había aplicado en esas comunidades mineras. En su artículo caracterizaba al MEMCh como una organización con "grandes debilidades" y en retroceso y la instaba a "abandonar un falso apoliticismo" y a abocarse a la tarea de organizar a las mujeres en sus barrios y sindicatos. Para Caffarena, el artículo estaba escrito en un "tono petulante" y revelaba un nuevo *modus operandi* de las comunistas, quienes hasta entonces habían discutido sus puntos de vista dentro del Comité Ejecutivo del MEMCh, y no en la prensa.³⁴

Como lo expresó la propia Caffarena, esta disputa no era una mera disputa territorial. Ella creía que Troncoso quería convertir al MEMCh en una organización exclusivamente para mujeres obreras, lo cual fortalecería el tipo de movimiento femenino al que aspiraba el Partido Comunista: un movimiento "en estrecha vinculación con las luchas obreras".³⁵ Ante esto, Caffarena respondió:

El elemento obrero tiene sin lugar a dudas un gran valor. Pero a mi juicio la labor del MEMCh debe orientarse especialmente a atraer a los elementos de la clase media. Esto no es subestimación hacia la obrera, sino una razón práctica, de visión de conjunto hacia la liberación total del pueblo. En efecto, la obrera pueda ser canalizada por los sindicatos, por las ligas de arrendatarios, por múltiples organizaciones; en cambio la mujer de clase media, prejuiciosa, ignorante, con tendencias al arribismo está completamente desorganizada, en circunstancias que captándola y orientándola puede ser un elemento útil que terminaría por ingresar a los partidos de izquierda. Esta labor para el MEMCh me parece fundamental como también la de atraer mujeres intelectuales como maestras,

³³ Ibid. Partido Comunista, "¡Adelante!", especialmente pp. 24-25. Acerca de cómo su asociación con el PC dañó el MEMCh, véase Antezana-Pernet, "El MEMCh en provincia", y Elena Caffarena a Lytta Weinstein de Binimelis, [c. 1938?], APEC A7.

³⁴ Elena Caffarena, "Por qué renuncié a la secretaría general del MEMCh", APEC A1 5. El Siglo, 25 de octubre, 1940, p. 4. Véase también *El Siglo*, 13 de octubre, 1940, p. 7.

³⁵ Partido Comunista, "¡Adelante!," pp. 24-25.

visitadoras sociales, enfermeras, de profesiones liberales para que se pongan al servicio de la cultura y del bienestar de las masas obreras.³⁶

Espoleadas por los dirigentes de su partido, las mujeres comunistas que asistían al Segundo Congreso del MEMCh parecían rechazar la visión de Caffarena; en efecto se negaron a asistir a una comisión en la que participaba María Durois, porque ella "había hecho estudios especiales sobre la materia". Troncoso se mostró tan hostil hacia Durois que la memchista Susana Depassier, simpatizante comunista, amenazó con retirarse del congreso. Además, en un intento por opacar a las mujeres profesionales del MEMCh, las comunistas usaron su presencia masiva en el congreso para elegir cinco mujeres de clase obrera, cuatro de ellas comunistas, como encargadas de las comisiones. Caffarena estimó que las mujeres comunistas tenían el derecho a ejercer la representación que les concedía su importante presencia en el congreso. Sin embargo hizo notar que las comunistas nunca antes habían ejercido esa prerrogativa. Agregó que todas las comisiones de trabajo habían elegido comunistas para presentar las conclusiones de sus debates, en circunstancias que en el Primer Congreso de 1937, sólo tres de diez comisiones le habían dado esa responsabilidad a las comunistas. Debido a estas maniobras, Caffarena afirmaba con un dejo de condescendencia, los debates fueron dirigidos de manera ineficiente por personas mal preparadas para esta tarea.³⁷

Como consecuencia de estos acontecimientos, Caffarena—quien había sido reelegida secretaria general en el congreso—renunció a su puesto. Vergara, quien al igual que Caffarena había llegado a la conclusión de que las comunistas intentaban apoderarse de la organización, le siguió los pasos, mientras que otras mujeres que no eran comunistas abandonaron también la

³⁶ Elena Caffarena, "Por qué renuncié a la secretaría general del MEMCh", APEC A1 5.

³⁷ Ibid.

organización.³⁸ Más tarde, Graciela Mandujano, una feminista sin relación con el Partido Comunista, fue elegida secretaria general. De acuerdo a Vergara, Mandujano era "una liberal apolítica con cierto interés por la clase obrera. También una sincera feminista". Sin embargo, la partida de las pensadoras más perspicaces del MEMCh—y, en el caso de Caffarena, de una organizadora profundamente eficiente—decididamente debilitó la capacidad de la organización para promover la emancipación de la mujer. Según Marta Vergara, los comunistas habían "enterrado" al MEMCh.³⁹

Irónicamente, los insistentes desafíos de las mujeres de la clase obrera y de los líderes de la izquierda, que finalmente llevaron a la renuncia de Vergara y Caffarena, forzaron a las feministas progresistas a problematizar formulaciones esencialistas de la identidad femenina. En una entrevista de octubre de 1940, cuando se le preguntó a Caffarena si las mujeres podían desempeñarse adecuadamente como profesionales, respondió: "Desde luego, nada hay en su carácter ni en su naturaleza que sea un inconveniente. ¿Por qué no podrían ser tan buenas profesionales como los hombres? En el campo y en las ciudades hay mujeres que tienen que trabajar en tareas muchísimo más duras y menos aptas para su naturaleza que las que pudiera exigirle cualquier profesión. Ciertos trabajos manuales son agotadores para su organismo, pero el trabajo cerebral no". Cuando el entrevistador le preguntó, qué pasaba con la feminidad de la mujer trabajadora, Caffarena replicó que ésta no se alteraba por el mero hecho de poner en funcionamiento el cerebro. Con este argumento, Caffarena recurría a diferencias ampliamente conocidas entre el trabajo manual y el intelectual, y entre mujeres de diferentes clases, para demostrar que no existía un núcleo esencial de feminidad—o, al menos que, históricamente las

³⁸ Ibid. Sobre la renuncia de Vergara véase Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, pp. 219-23. Sobre la renuncia de otras mujeres no-comunistas véase Antezana-Pernet, "Mobilizing Women", pp. 336-37.

mujeres habían sido forzadas a ir en contra de su naturaleza femenina. Las mujeres de clase obrera, que siempre habían desempeñado trabajos pesados, nunca se habían ajustado a las normas de comportamiento femenino vigentes. En otra entrevista publicada poco más de un año más tarde, en enero de 1942, Caffarena respondió a una pregunta similar diciendo que la feminidad, normalmente representada como una cierta coquetería y buena presencia, era "permanente, constante a través de las edades". Pero Caffarena afirmó claramente que ni el trabajo pagado ni la actividad política podían alterar este núcleo subjetivo. Explicaba: "Si los trabajos influyeran en la feminidad, créame que ya no quedaría feminidad en el mundo".⁴⁰ De este modo, Caffarena le otorgaba a las mujeres una subjetividad particular, pero destacaba que tal subjetividad no emanaba de su situación laboral o su participación política. Reconocía que la diversidad en las vidas políticas, económicas y familiares de las mujeres hacía imposible que esas actividades fueran el eje de la identidad femenina. Desde este punto de vista, el trabajo y la política, dos ámbitos íntimamente ligados a los esfuerzos de hombres y mujeres para lograr una ciudadanía plena, se desligaban del género.

En contraste, los comunistas esencializaron la identidad femenina de las mujeres obreras y les negaron una mayor autonomía política. Esto limitó y debilitó no solamente al MEMCh, sino también de modo más general a los gobiernos del Frente Popular. Al fin de cuentas, a pesar del interés manifiesto de la izquierda en forjar una alianza nacional amplia, en su trato con las mujeres mostró poca comprensión de cómo realmente forjar tal alianza. En la medida en que una izquierda dominada por hombres decía saber lo que más le convenía a las mujeres de la clase trabajadora y que no consideraba seriamente las demandas feministas, perdía la oportunidad de

³⁹ Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, pp. 219-21.

⁴⁰ *El Siglo*, 27 de octubre, 1940, p. 4. *La Nación*, 25 de enero, 1942, p. 3. Véase también *La Mujer Nueva*, 8 de noviembre, 1935, 2 y s.p. y enero, 1936, pp. 2 y 4.

desarrollar una teoría y una práctica de colaboración democrática. Los líderes de izquierda rara vez compartían opiniones ni con las feministas ni con las mujeres obreras. En consecuencia, los militantes de izquierda usaron un discurso de clase para neutralizar la práctica emancipadora de género. Como veremos más adelante, esto le permitió a las feministas moderadas que dirigirían el MEMCh después de 1940 usar la bandera de la emancipación femenina para neutralizar la militancia de clase. En pocas palabras, la izquierda evitó las negociaciones complicadas que demandaba la estrategia democrático-burguesa. Las feministas progresistas en cambio no podían evitar las negociaciones, pues a pesar de que no se pudieran superar totalmente las diferencias de clase entre las memchistas, sus dirigentes se vieron obligadas a colaborar con mujeres de la clase obrera como Mercedes Fuentealba, y a discutir con ellas lo que significaba ser mujer. El haber eludido esta tarea las habría condenado a la marginalidad política y habría frustrado sus propias aspiraciones.

LAS FEMINISTAS MODERADAS, EL PARTIDO COMUNISTA Y EL ESTADO

El MEMCh sobrevivió a los acontecimientos de 1940, y al final, no se frenó del todo su impulso feminista. La organización resistió por la increíble perseverancia, astucia y sensatez de muchas dirigentes comunistas nacionales y locales. Y el feminismo, aunque uno más moderado, siguió vivo dentro del MEMCh porque todavía había mujeres ansiosas de luchar por sus derechos como mujeres y por romper los moldes restrictivos que las constreñían. Pero, quizás lo más importante es que el MEMCh y su feminismo persistieron porque eran parte de un movimiento de mujeres más amplio que se volvió más activo hacia 1942. En ese contexto, Caffarena volvió a unirse al MEMCh, aunque desempeñando esta vez un papel más modesto.

El activismo que floreció alrededor de 1942 fue más moderado—en términos de su feminismo y de su política de clases—que aquel del MEMCh bajo el liderazgo de Vergara y Caffarena. Fue también un movimiento en el cual las mujeres profesionales, muchas de ellas con fuertes lazos con el Partido Radical y con el estado, jugaron un rol más importante que el que habían desempeñado en los años anteriores. En esta situación, la animosidad comunista hacia las mujeres intelectuales y hacia las organizaciones autónomas de mujeres volvería a acechar al PC. En efecto, a fines de 1944, las feministas moderadas movilizarían sus contactos con el estado para marginar un Partido Comunista que seguía desconfiando de las mujeres profesionales y compitiendo con las feministas para liderar a las dueñas de casa obreras. Más aún, en la medida en que crecía el anti-comunismo y que el presidente Gabriel González Videla agudizaba la represión en contra del Partido Comunista, las feministas moderadas cooperarían con los esfuerzos del estado para cooptar y reprimir a las activistas del Partido. Por lo tanto, al final, la sospecha de los comunistas hacia mujeres como Caffarena y Vergara no solamente aplastó los esfuerzos de las feministas progresistas para levantar un feminismo progresista y pluralista, sino que también facilitó la polarización del clima político y el auge del anti-comunismo. Después de 1947, las mujeres de la clase obrera se verían obligadas a escoger entre un programa feminista que buscaba explícitamente neutralizar la militancia de clase y una política de clase que neutralizaba las inequidades de género.

Este proceso fue particularmente evidente en el movimiento de consumidores, en donde la pugna entre las feministas moderadas y los comunistas se hizo explícita. A lo menos desde la década del treinta, las feministas y los militantes de izquierda habían competido por el liderazgo de los comités contra el alto costo de la vida. Sin embargo, hasta mediados de los años cuarenta, hubo una cooperación sustancial entre grupos de base asociados al movimiento feminista y

grupos ligados a la izquierda. En 1937, por ejemplo, la Agrupación Femenina de Concepción hizo un llamado a las dueñas de casa y a las mujeres asalariadas a unirse, para poder participar de "completamente organizadas" en una próxima manifestación auspiciada por el Comité pro Abaratamiento, compuesto tanto por mujeres como por hombres. Además, muchos comités de dueñas de casa, especialmente aquellos ubicados en las comunidades mineras, tenían lazos tanto con el MEMCh como con el Partido Comunista. Por ejemplo, en Tocopilla, las comunistas de la Sociedad de Protección de la Mujer Chilena, precursora del MEMCh, alentaban a las mujeres de las salitreras y de la ciudad de Tocopilla a formar comités en contra del alza del costo de vida.⁴¹

Sin embargo, a fines de 1944, las tensiones entre comunistas y feministas se hicieron presentes cuando ambos movimientos, el de consumidores y el de mujeres, entraron a un período de fuerte movilización. En mayo de ese año, Caffarena había vuelto al MEMCh como secretaria de organización, y otras mujeres intelectuales que se habían retirado en 1940 volvieron a afiliarse al grupo. Entre las mujeres que entraron al MEMCh estaba Clara Williams, destacada asistente social y militante del Partido Radical.⁴² Unos meses más tarde, en noviembre de 1944, el MEMCh y otras organizaciones moderadas, así como mujeres de varios partidos políticos, fundaron la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (FEChIF), una confederación que agruparía las asociaciones profesionales, sociales y políticas de mujeres. Conscientes de la importancia de las organizaciones de consumidores, las militantes de la FEChIF se comprometieron a unirse al Comité Nacional pro Baja de las Subsistencias, un grupo nacional de consumidores fundado en mayo de 1943 y constituido por comerciantes minoristas, miembros de la Falange Social Cristiana, representantes de los sindicatos de comerciantes, y comunistas. Sin

⁴¹ *Juventud en Marcha*, Concepción, 11 de abril, 1934, p. 1. *Machete*, Tocopilla, segunda quincena de mayo, 1937, pp. 3 y 7. Antezana-Pernet, "Mobilizing Women", pp. 328-29 y 340.

⁴² Antezana-Pernet, "Mobilizing Women", p. 342.

embargo, nunca se concretó la cooperación entre la FEChIF y el Comité Nacional y, en el lapso de un mes, Mandujano y sus aliadas en el MEMCh, destaparon un plan que marginaría al Comité Nacional.⁴³

Desechando la colaboración con el Comité Nacional, el MEMCh entabló relaciones con el Comisariato de Subsistencias y Precios, una agencia del estado revitalizada por el Frente Popular cuyo mandato era regular los precios de los productos básicos. Las memchistas tenían la intención de llevar adelante un programa conjunto con el Comisariato para capacitar a los consumidores, enseñándoles a las mujeres cómo evitar las compras innecesarias o superfluas, cómo hacer un presupuesto, cómo hacer las compra y cocinar platos baratos, y cómo detectar publicidad engañosa, evitar deudas, y crear cooperativas de consumo. También esperaban que el Comisariato designara a miembros del MEMCh como inspectoras ad honorem para vigilar el cumplimiento de las leyes de protección al consumidor y para denunciar sus violaciones. Puesto que la secretaria general del MEMCh, Graciela Mandujano, entendió que la organización feminista no podía negociar efectivamente con el Comisariato desde una posición de debilidad, ella propuso que el MEMCh organizara de inmediato una manifestación masiva de consumidoras. Temerosa de ser abiertamente identificada con una postura comunista y de

⁴³ Amanda Labarca y Victoria Águila, "Informe de la presidente ante la asamblea de dirigentes", 3 de noviembre, 1945, en FEChIF, *Boletín*, N° 4, septiembre, 1947, APEC A4 5; *El Toro*, primera quincena de junio, 1944, pp. 3 y 6; *Principios*, N° 24, abril, 1943, pp. 15-16; y N° 27, septiembre, 1943, pp. 9-10; MEMCh, Actas de sesión, 27 de noviembre, 1944, p. 1, diciembre, 1944, 11 de diciembre, 1944, APEC. Sobre la participación de los comunistas en organizaciones de consumidores en Brasil véase French with Pedersen Cluff, "Women and Working-Class Mobilization", pp. 185-87.

confrontación, Mandujano insistió también en que las asistentes a la manifestación actuaran en forma razonable y culta y que evitaran la demagogia, los discursos y los ataques.⁴⁴

A fines de diciembre de 1944, el MEMCh junto a otras organizaciones de mujeres constituyeron una nueva organización: la Liga de Consumidores, un grupo constituido sólo por mujeres y vinculado al Comisariato. No están claras las razones del acercamiento del MEMCh y el Comisariato como tampoco de la decisión de las feministas de no participar en el Comité Nacional. Sin duda jugaron un papel importante la inclinación profesional y las conexiones personales de Clara Williams y de la secretaria general del MEMCh, Graciela Mandujano. En efecto, ambas mujeres tenían lazos estrechos con el Partido Radical y ambas habían detentado cargos estatales. Más aún, Roberto Yunge, segundo a bordo en el Comisariato, era esposo de Clara Williams, y la hija de ambos, Gabriela Yunge, fue la que inició los primeros contactos entre las organizaciones. Es probable también que las feministas moderadas del MEMCh compartieran con el Comisariato una preocupación por lo que veían como una militancia excesiva dentro del movimiento de consumidores, hecho presumiblemente fomentado por la influencia comunista en el Comité Nacional. Es muy probable que hayan aunado fuerzas para dividir el movimiento de consumidores, calmar el fervor militante, devolver el poder de iniciativa al Comisariato, y disminuir el control comunista sobre la organización de consumidores.⁴⁵

⁴⁴ MEMCh, Actas de sesión, 27 de noviembre, 1944, 1 de diciembre, 1944, 11 de diciembre, 1944, APEC. Le doy las gracias a Corinne Pernet por compartir fuentes relevantes a mi discusión del MEMCh y las ligas de consumidores.

⁴⁵ Sobre Williams y Mandujano véase *Diccionario biográfico de Chile*, 7ª ed., Santiago, Empresa Periodística Chile, 1948-1949; y 10ª ed., 1956-1958; y Antezana-Pernet, "Mobilizing Women", pp. 94-98. MEMCh, Acta de sesión, 27 de noviembre, 1944, APEC.

A lo menos eso era lo que temía el Partido Comunista y el Comité Nacional. A fines de 1945, los dirigentes del Comité arremetieron en contra del Comisariato por crear las ligas de consumidores, percibidas por ellos como un intento de suplantar al Comité:

Al tener conocimiento de que el Comisario Departamental ha estado trabajando por la formación de Ligas de Consumidores para que cooperen a este organismo, el Comité Nacional, por intermedio de esta nota editorial, estima que no es este el papel del Comisariato.... [Si] para ellos es necesario el apoyo de los consumidores, no tiene nada más que pedirle a todas la organizaciones populares y especialmente a los Comités Pro Baja de las Subsistencias, que en reiteradas ocasiones han declarado estar dispuestos a apoyar todas las buenas medidas de este organismo, al mismo tiempo, combatir aquellos que no estén de acuerdo con sus finalidades. Tanto el Comisariato, como el movimiento de las subsistencias, necesitan mantener su Independencia dentro de la mutua ayuda y comprensión....

Esta editorial instaba a las feministas a asociarse al Comité, diciéndoles a las dirigentes femeninas "que no hace falta formar nuevos organismos, lo que se necesita es producir el entendimiento entre todos". Un mes más tarde, la dirigente comunista Julieta Campusano repitió ese mensaje llamando a la FEChIF a colaborar con el Comité.⁴⁶

Tal como lo sospechaban los dirigentes del Comité, las estrategias de la Liga eran distintas de aquellas del Comité Nacional, que se había volcado a organizar comités locales que le exigieran al gobierno un control efectivo de los precios. También sus estrategias diferían de aquellas de los antiguos comités de dueñas de casa: para evitar confrontaciones con el Comisariato, la Liga de Consumidores se focalizó en educar al consumidor, dar clases de economía doméstica, y formar cooperativas de consumo para distribuir los productos que proveía el Comisariato. A su vez, el Comisariato premiaba la cooperación de la Liga con lo que Clara Williams llamaba "un apoyo entusiasta" y "una colaboración comprensiva". Las ligas locales siguieron vigilando a los comerciantes para asegurar el cumplimiento de las normas del

⁴⁶ *Boletín Oficial del Comité Nacional Pro Baja de las Subsistencias*, enero, 1945, pp. 3 y 4. *Principios*, N° 44, febrero, 1945, p. 36.

Comisariato y las dirigentes feministas lograron que éste designara algunas mujeres como inspectoras voluntarias. Pero la Liga se enfocó en disciplinar a los consumidores, distrayendo así su atención del castigo a los especuladores. Por ejemplo, Williams escribió lo siguiente con respecto a la escasez que ocasionaba la Segunda Guerra Mundial: "Así la escasez de algunos artículos alimenticios ha obligado a los Consumidores modestos a ponerse previsoros y ha facilitado la enseñanza que imparten las Ligas". En consecuencia, la Liga recurrió a un modelo de feminidad más conciliatorio y menos marcado por la pertenencia a una clase social; pero, al mismo tiempo, las dirigentes feministas claramente persiguieron objetivos feministas. Williams creía que la participación en las ligas de consumidores les permitiría a las mujeres desarrollar sus habilidades de liderazgo, artísticas y comerciales y que las ayudaría "a salir del círculo estrecho del hogar, beneficiándose con la vida en sociedad". En septiembre de 1946, poco más de un año y medio después de iniciar su funcionamiento, la Liga Nacional de Consumidores contaba con treinta y cinco grupos y 3.403 miembros, a los cuales las profesoras de economía doméstica les habían impartido ya 596 clases de nutrición.⁴⁷

Williams y Mandujano lograron así implantar un modelo disciplinario y vertical dentro de un sector del movimiento de consumidores. Aún así la Liga no logró dividir inmediatamente al movimiento ni derrotar aquella actitud más militante de los consumidores. Quizás al darse cuenta que una colaboración más cercana con el Comisariato no debilitaba necesariamente su organización, en febrero de 1945 el Comité Nacional llegó a un acuerdo propio con este organismo y aceptó distribuir propaganda del Comisariato. A cambio, el Comisariato Departamental de Santiago seleccionaría a miembros del Comité como inspectores ad honorem a

⁴⁷ Clara Williams en *Tribuna Social*, septiembre, 1946, pp. 13-15; *La Voz de Conchalí*, primera quincena de julio, 1947, p. 5; Yanulaque Garrido, "La Asociación Nacional de Dueñas de Casa", pp. 7-9.

partir de una lista propuesta por los propios dirigentes del Comité. El Comisariato también reconocería "secretarios de conflicto" en los comités locales de consumidores, otorgándoles la autoridad de reunir las denuncias de los consumidores y presentarlas al Comisariato. Por su parte, el Partido Comunista pronto se dio cuenta que las largas charlas de asistentes sociales y profesoras de economía doméstica que debían soportar las mujeres en las ligas no las inhabilitaban para realizar otro tipo de actividades. En noviembre de 1947, una publicación del partido caracterizaba tanto los comités de subsistencia autónomos como las ligas de consumidores como "los verdaderos y auténticos organismos populares de lucha contra la especulación".⁴⁸

Sin embargo, la tregua entre comunistas y feministas pronto llegó a su fin. A fines de 1947, cuando el clima político dio un brusco vuelco hacia la derecha, el Presidente González Videla comenzó a reprimir a las organizaciones de consumidores relacionadas con el Partido Comunista, y la Liga de Consumidores se desplomó, quizás por las disputas internas respecto a la participación de comunistas en ella. Para reemplazar la Liga, Williams y sus aliadas crearon la Asociación de Dueñas de Casa en agosto de 1947. Con la Primera Dama Rosa Markmann como Presidenta y Williams como Vice-Presidenta Ejecutiva, la Asociación constituyó un intento vigoroso y exitoso por parte del estado para cooptar al movimiento de consumidores. A diferencia de la Liga, se trataba de una iniciativa completamente controlada desde arriba y contaba con todo el peso y apoyo del aparato estatal. La nueva organización consiguió la colaboración de las esposas de los gobernadores, intendentes y alcaldes, y, en 1950, había formado grupos en al menos 129 localidades. Para darle ímpetu a la organización, en octubre de 1947, el Presidente González Videla finalmente accedió a una demanda muy antigua de los

⁴⁸ *Boletín Oficial del Comité Nacional Pro Baja de las Subsistencias*, marzo 1945, 4. *La Voz de*

consumidores, promulgando un decreto que regulaba la composición y funciones de las Juntas de Vigilancia. Estas organizaciones estaban encargadas de supervisar el comercio local, hacer cumplir las leyes de protección a los consumidores y castigar a los infractores. La nueva ley le garantizaba a la Asociación un puesto en las juntas locales de vigilancia, al lado de autoridades municipales y los representantes de Carabineros y del Comisariato. Hacia 1950, en una delegación de poder estatal sin precedentes, el estado ya había nombrado a 1.330 miembros de la Asociación como inspectoras ad honorem del Comisariato. Durante los primeros seis meses de 1948, las inspectoras multaron o clausuraron 970 establecimientos comerciales.⁴⁹

El estado fue mucho menos generoso con las otras organizaciones de consumidores. Mientras el Comisariato buscaba una vez más una alianza con las mujeres—cuyas dirigentes eran menos amenazantes—reprimió a los comunistas y a sus comités de consumidores. En algunos casos, las autoridades boicotearon a los comités de consumidores dirigidos por comunistas; en otros casos encarcelaron a sus dirigentes. Mandujano y Williams, que por más de una década habían colaborado con las comunistas, no protestaron. De hecho, renunciaron al MEMCh, distanciándose de esas militantes comunistas que permanecían en la organización. También guardaron silencio cuando la FEChIF expulsó a las comunistas de sus filas.⁵⁰

El Partido Comunista descubrió entonces que su larga rivalidad con las mujeres profesionales lo había dejado sin aliados importantes en el momento en que más los necesitaba. Para las militantes de base sería ahora más difícil escapar del modelo de feminidad conciliadora

la Mujer, diciembre, 1947, p. 6; la cita viene de *Mujeres Chilenas*, noviembre, 1947, p. 7.

⁴⁹ *Mujeres Chilenas*, noviembre 1947, p. 7; *La Voz de la Mujer*, diciembre, 1947, p. 6; Yanulaque Garrido, "La Asociación Nacional de Dueñas de Casa", pp. 29-30, 62-67 y 71; *Servicio Social* 21, nos. 1-3, enero-diciembre, 1947, pp. 70-72.

⁵⁰ Sobre los esfuerzos del Comisariato por desbaratar los comités de consumidores véase *El Pueblo*, Talca, 19 de enero, 1947, p. 4 y Antezana-Pernet, "Mobilizing Women", pp. 367-69. Sobre Mandujano y Williams, "Mobilizing Women", pp. 360-61.

que les ofrecían las feministas moderadas. Así, finalmente, la incorporación de las mujeres a las organizaciones de consumidores auspiciadas por el estado, neutralizó algunos de los elementos más combativos al interior de la cultura popular. La distancia entre las feministas moderadas y sectores del movimiento de consumidores cercanos al Partido Comunista, así como la cercanía de éstas a los sectores más conservadores del Partido Radical y su consecuente acceso al estado, aceleraron este proceso—también contribuyó a ello la animosidad del Partido Comunista hacia las mujeres intelectuales.

Aunque funcional al Partido Radical y su viraje hacia la derecha, y a un estado ahora menos abierto a la influencia popular, la Asociación tenía su propio proyecto proto-feminista, el cual heredaba del MEMCh, de la FEChIF, y de las ligas de consumidores. Buscaba explícitamente preparar a la mujer para la participación cívica y social, alentarla a que ejerciera su recientemente adquirido derecho al voto, desarrollar su potencial de liderazgo, estimular su asertividad, terminar con su confinamiento en el hogar, permitirle un descanso de la rutina y de tareas domésticas agotadoras y monótonas, e inspirarle lealtad hacia los valores democráticos. Pero también promovía una visión conciliadora de la feminidad. Como consumidoras inteligentes y dueñas de casa brillantes, las mujeres llevarían la armonía al hogar y a la nación. Williams y sus aliadas no ignoraban las demandas específicas de la mujer, sin embargo, rechazaban claramente—y trabajaban para disuadir—la militancia de las mujeres obreras. Incluso, cuando se trató de defender los derechos de la mujer, objetivo que sin duda figuraba en el programa de las feministas moderadas, se vieron limitadas por su formación profesional y por sus lazos con un proyecto estatal que hacia 1947 buscaba neutralizar las demandas populares y

evitar a cualquier costo la confrontación. En efecto, el gobierno mencionaba a la Asociación como un espléndido ejemplo de cooperación nacional.⁵¹

En la base, las mujeres enfrentaron estos acontecimientos con ambivalencia. Algunas sintieron que no tenían otra alternativa que unirse a la Asociación; otras se mantuvieron incondicionales a su causa y siguieron trabajando allí donde fuera posible, en las ligas de consumidores y otros grupos de base. La memchista y militante comunista Eusebia Torres criticó con amargura a las feministas moderadas que asistían, a fines de 1947, al congreso de la aún incipiente FEChIF: "Las distintas delegadas habían empezado su tarea que llevaban diciendo que para dar solución, por ejemplo, al problema de la inflación, la manera más sensata era educar a la población y enseñarle en primera instancia a comer menos, para poder así ayudar al gobierno en su famosa tarea que tiene". En la medida en que el país se movía hacia el anti-comunismo, la condescendencia de ciertas "señoras" —presente desde hacía mucho tiempo en las organizaciones de mujeres— se había vuelto intolerable para mujeres como Torres. A su vez, la militancia de Torres se había vuelto igualmente intolerable para las feministas moderadas de la FEChIF.⁵²

⁵¹ Yanulaque Garrido, "La Asociación Nacional de Dueñas de Casa", pp. 91-123. Para la versión del gobierno véase "Juntas de vigilancia".

⁵² Sobre la relación de los grupos de base y la Asociación véase *Mujeres Chilenas*, octubre, 1947, p. 12; MEMCh, *Circular*, no. 5, octubre, 1947, APEC A1 15; *La Voz de la Mujer*, diciembre, 1947, p. 6; y Servanda de Liberona, Elsa Orrego, Ana Liberona y Custodia Moreno de la Oficina Ricaventura a Olga P. de Espinoza, Oficina Ricaventura, 6 de febrero, 1948, APEC A1 21; la cita viene de Palabra de la compañera Eusebia Torres de Coronel, 1947, APEC A2 3.

La Asociación fue antecesora de los centros de madres auspiciados por el estado y que se institucionalizaron en 1965, durante la presidencia de Eduardo Frei. Una vez que el Partido Comunista salió de la clandestinidad, alrededor de 1958, sus miembros comenzaron nuevamente a organizar a mujeres dentro de—pero a la vez en oposición a—los centros de madres auspiciados por el estado. Valdés, et al. ("Centros de madres 1973-1989", pp. 7-10 y 90-91) ven la Asociación como una precursora directa de los centros de madres. Estoy de acuerdo con esta aseveración en cuanto al papel estatal, pero las raíces de estas organizaciones también están en

CONCLUSIÓN

Más allá de los resultados que arrojaron los conflictos entre las feministas y la izquierda, la disputa es significativa por lo que revela respecto de las dinámicas que dieron lugar a una identidad política femenina y a un proyecto feminista. Los comunistas no infiltraron el MEMCh; las feministas progresistas dieron la bienvenida a la alianza con los comunistas por razones de conveniencia, pero también por sus propias creencias políticas. El liderazgo comunista, sin embargo, desconfiaba del feminismo y temía que la emancipación de las mujeres socavara su propio poder y su capacidad de satisfacer las inquietudes de sus militantes varones. Por esta razón, no les permitió a sus militantes mujeres decidir, junto con las memchistas de base y las dirigentes del MEMCh, cómo conciliar el programa feminista radical del MEMCh con las necesidades que expresaban las mujeres obreras. Por el contrario, difamó a las feministas dando curso a un anti-intelectualismo populista que se apoyó en la conciencia de las diferencias de clase que tenían las mujeres obreras y que movilizó a los comunistas varones en contra del feminismo. Por su parte, las feministas moderadas difamaron la política clasista y militante del Partido Comunista, aún cuando seguían promoviendo un programa de defensa de la mujer. En vez de negociar con el Partido Comunista y los comités de base para cumplir sus objetivos, las feministas moderadas utilizaron su alianza con el estado. Recurriendo con mayor frecuencia a los discursos disciplinarios y jerárquicos de sus profesiones que a un análisis de la subordinación de la mujer, ellas insistieron en enseñarles a las mujeres a actuar con decencia y a adquirir cultura.

Las grandes perdedoras fueron las mujeres que se encontraron en medio de esas batallas, y que fueron muy rara vez escuchadas por las feministas moderadas y por los dirigentes de izquierda. Aún cuando algunas de estas mujeres buscaron combinar su participación en los

los comités femeninos de consumidores, y otros comités femeninos de base, que existieron con

movimientos feministas y de izquierda, esto se hizo cada vez más difícil. Los comunistas les decían a las dueñas de casa obreras que si se oponían a la explotación debían luchar junto a sus esposos y renunciar al feminismo. A su vez, las feministas moderadas les decían que la educación doméstica haría innecesaria la lucha de clases. En este escenario tan polarizado, desaparecieron otras opiniones como aquel modelo menos rígido, más tolerante, que habían propuesto Elena Caffarena y Marta Vergara. Tal programa, aunque a menudo incongruente y a veces elitista, constituyó un intento serio por parte de las feministas profesionales por escuchar y dialogar con las mujeres de la clase trabajadora. En contraste, los comunistas y las feministas moderadas tenían una visión más vanguardista del trabajo político. Sin embargo, éstos lograron un cierto éxito porque sus programas coincidían, al menos en parte, con las necesidades de los líderes nacionales del Frente Popular. Después de 1947, dejarían de cooperar con los comunistas. Así y todo, el Partido Comunista sobreviviría la represión anti-comunista iniciada por Gabriel González Videla, y continuaría organizando a las mujeres. El MEMCh ya no lo haría.

anterioridad a 1947.

BIBLIOGRAFIA

Entrevistas

Figueroa, Iris (5 de abril, 1993 y 12 de mayo, 1993)

Fuentealba, Mercedes (28 de abril, 1993)

Gravano, Fresia (4 de abril, 1993)

Heredia, Percival (7 de mayo, 1993)

Pedraza, Elena (23 de abril, 1993, 28 de mayo, 1993, y 20 de julio, 1999)

Periódicos (A menos que se indique lo contrario, los periódicos fueron publicados en Santiago.)

Acción Socialista

Alianza Libertadora de la Juventud (Antofagasta)

Boletín Oficial del Comité Nacional Pro Baja de las Subsistencias

Barricada

Brecha

Chispa (Iquique)

Claridad

Consigna

Combate

La Crítica

La Defensa

El Despertar Minero (Sewell)

Frente Popular

Frente Popular (Valparaíso)

Julio Barrenechea (Temuco)

Juventud en Marcha (Concepción)

Liberación (Tomé)

Machete (Tocopilla)

El Mensaje Obrero (Rancagua)

La Mujer Nueva

Mujeres Chilenas

La Nación

El Organizador

El Popular (Antofagasta)

El Pueblo (Talca)

El Siglo

El Socialista (Puerto Natales)

El Toro

La Voz de Conchalí

La Voz de la Mujer

Revistas (Todas las revistas fueron publicadas en Santiago)*Principios**Rumbo**Servicio Social**Tribuna Social***Folletos** (de las colecciones de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Congreso)

Federación de la Juventud Socialista, "Reglamentos de la Federación de la Juventud Socialista", Santiago, 1946.

Guerrero, Víctor, "Por una Juventud Comunista de masas", Santiago, c. 1941.

"Juntas de vigilancia y asociaciones de dueñas de casa. Organización y atribuciones", Santiago, 1947.

Partido Comunista, "¡Adelante por el cumplimiento del programa del Frente Popular!: Sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista de Chile", Santiago, c. 1941.

Partido Socialista, "IV Congreso Extraordinario del Partido Socialista realizado en Valparaíso en agosto de 1943", Santiago, 1943.

Partido Socialista, "Una etapa de clarificación socialista", [IV Congreso General Extraordinario, agosto, 1943, y Primer Pleno, enero, 1944], Santiago, c. 1944.

Fuentes Primarias ImpresasDurand, Georgina, *Mis entrevistas*, Santiago, Editorial Tegualda, 1943.Vergara, Marta, *Memorias de una mujer irreverente*, 1ª ed. rev., Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974.**Fuentes Secundarias**Antezana-Pernet, Corinne, "El MEMCh en provincia: Movilización femenina y sus obstáculos, 1935-1942", en *Disciplina y desacato: Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Lorena Godoy, Elizabeth Hutchison, Karin Roseblatt, y María Soledad Zárate (ed.), Santiago, SUR/CEDEM, 1995, pp. 287-329.Antezana-Pernet, Corinne, "Mobilizing Women in the Popular Front Era: Feminism, Class, and Politics in the *Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer Chilena* (MEMCh), 1935-1950", Ph.D. dissertation, University of California, Irvine, 1996.Carr, Barry, "The Fate of the Vanguard under a Revolutionary State: Marxism's Contribution to the Construction of the Great Arch", en Gil Joseph y Daniel Nugent (ed.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994, pp. 326-52.DeShazo, Peter, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, University of Wisconsin Press, 1983.*Diccionario biográfico de Chile*, 2ª-10ª ediciones, Santiago, Empresa Periodística Chile, 1939-1958.Figueroa Ortiz, Enrique, y Carlos Sandoval Ambiado, *Carbón: Cien años de historia (1848-1960)*, Santiago, CEDAL, 1987.French, John D. y Mary Lynn Pedersen Cluff, "Women and Working-Class Mobilization in Postwar São Paulo, 1945-1949", en John D. French y Daniel James (ed.), *The Gendered Worlds of Latin American Women Workers: From the Household and Factory to the Union Hall and Ballot Box*, Durham, Duke University Press, 1997, pp. 176-207.

- Gaviola, Edda, Ximena Jiles, Lorella Lopresti, y Claudia Rojas, *Queremos votar en las próximas elecciones: Historia del movimiento femenino chileno, 1913-1952*, Santiago, CEM, 1986.
- Hutchison, Elizabeth, "Working Women of Santiago: Gender and Social Transformation in Urban Chile, 1887-1927", Ph.D. dissertation, University of California, Berkeley, 1995.
- Kirkwood, Julieta, *Ser política en Chile: Las feministas y los partidos*, Santiago, FLACSO, 1986.
- Klubock, Thomas Miller, "Hombres y mujeres en El Teniente: La construcción de género en la minería chilena del cobre, 1904-1951", en Lorena Godoy, Elizabeth Hutchison, Karin Roseblatt, y María Soledad Zárate (ed.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago, SUR/CEDEM, 1995, pp. 223-53.
- Laclau, Ernesto, y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, London, Verso, 1985.
- Lancaster, Roger, *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*, Berkeley, University of California Press, 1992.
- Lavrin, Asunción, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.
- Lavrin, Asunción, "Women, Labor and the Left: Argentina and Chile, 1890-1925", *Journal of Women's History* 1, no. 2, Fall 1989, pp. 88-116.
- Levenson-Estrada, Deborah, "The Loneliness of Working-Class Feminism: Women on the 'Male World' of Labor Unions, Guatemala City, 1970s", en John D. French y Daniel James (ed.), *The Gendered Worlds of Latin American Women Workers: From the Household and Factory to the Union Hall and Ballot Box*, Durham, Duke University Press, 1997, pp. 208-31.
- Molyneux, Maxine, "Mobilization without Emancipation? Women's Interests, the State and Revolution in Nicaragua", *Feminist Studies* 11, no. 2, 1985, pp. 227-54.
- Poblete, Olga, *Una mujer: Elena Caffarena*, Santiago, La Morada/Editorial Cuarto Propio, 1993.
- Valdés, Teresa, Marisa Weinstein, Isabel Toledo, y Lilian Letelier, "Centros de madres 1973-1989: ¿Sólo disciplinamiento?", Santiago, FLACSO, Documento de Trabajo no. 416, 1989.
- Verba, Erica, "The Círculo de Lectura [Ladies' Reading Circle] and the Club de Señoras [Ladies' Club] of Santiago, Chile: Middle- and Upper-Class Feminist Conversations (1915-1920)", *Journal of Women's History* 7, no. 3, Fall 1995, pp. 6-33.